



CREADORES CONTRA VIENTO Y MAREA II

PROTAGONISTAS DEL PATRIMONIO
CULTURAL DE CHILE EN EL NUEVO MILENIO

MARÍA CRISTINA JURADO

Catalonia

CREADORES CONTRA VIENTO Y MAREA II

MARÍA CRISTINA JURADO M.

Retratos: Sergio López Isla

**CREADORES
CONTRA VIENTO
Y MAREA II**

Protagonistas del patrimonio cultural
de Chile en el nuevo milenio

Prólogo de Marco Antonio de la Parra

Catalonia

MARÍA CRISTINA JURADO M.

Creadores contra viento y marea II

Santiago, Chile: Catalonia, 2022

288 p.; 15 x 23 cm

ISBN: 978-956-324-942-2

ISBN digital: 978-956-324-943-9

PERIODISMO

070.4

Diseño de portada: Amalia Ruiz Jeria

Retratos de portada: Sergio López Isla

Corrección de textos: Darío Piña

Diagramación interior: Amalia Ruiz Jeria

Fotografía/retrato de entrevistados: Sergio López Isla

Fotografía/retrato de Rosabetty Muñoz: Alejandro Araya

Fotografía/retrato de Max Valdés: Jody Valdés

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Editorial Catalonia apoya la protección del derecho de autor y el copyright, ya que estimulan la creación y la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, y son una manifestación de la libertad de expresión. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar el derecho de autor y copyright, al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo ayuda a los autores y permite que se continúen publicando los libros de su interés. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información. Si necesita hacerlo, tome contacto con Editorial Catalonia o con SADEL (Sociedad de Derechos de las Letras de Chile, <http://www.sadel.cl>).

Primera edición: junio, 2022

ISBN: 978-956-324-942-2

ISBN digital: 978-956-324-943-9

Registro de propiedad intelectual: 2022-A-3990

© Editorial Catalonia Ltda., 2022

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile

www.catalonia.cl - [@catalonialibros](https://twitter.com/catalonialibros)

*A Stephanie Marie
Y a Enrique Ramírez Capello, mi amigo cronopio,
por quien supe que las utopías existen.*

Índice

[Prólogo](#)

[Presentación](#)

[Agradecimientos](#)

[Adriana Valdés](#)

[Alejandro Sieveking](#)

[Alejandro Zambra](#)

[Catalina Saavedra](#)

[Cristián Warnken](#)

[Daniela Vega](#)

[Diamela Eltit](#)

[Dominga Sotomayor](#)

[Elvira Hernández](#)

[Francisca Valenzuela](#)

[Guillermo Calderón](#)

[Juan de Dios Larraín](#)

[Maite Alberdi](#)

[Manuela Infante](#)

Maximiano Valdés

Nona Fernández

Paulina García

Paz Errázuriz

Ramón Griffero

Rosabetty Muñoz

Sebastián Lelio

Voluspa Jarpa

PRÓLOGO

EL ARTE DE VER BAJO EL AGUA

Las entrevistas tienen algo mágico. Parecen un cuestionario, pero son una mirada que ve mucho más allá de lo que muestra el entrevistado y escuchan mucho más de lo que dice la entrevistada. Parecen un registro, pero seleccionan su pesca como buscando perlas que digan cada vez más de una persona y a través de esa persona, de esa historia, también hablen de su época, la época en que fue hecha la entrevista y luego cómo fue editada, revisada, construida, en un oficio artesanal que requiere una escucha privilegiada y una selección cuidadosa.

Los entrevistados (lo he sido en numerosas ocasiones con experiencias muy diversas) agradecemos las entrevistas que nos hacen pensar cosas nuevas, sentir algo que se nos escapaba, vivir la entrevista como una mirada que nos aporte y nos haga aportar.

A veces la entrevista es un páramo, un desierto en que uno coloca la grabación personal de frases hechas y nadie se sorprende. Otras, como estas que prologo agradecido, las de María Cristina Jurado, son un retrato que revisa filtros, escoge, elige, conduce y ayuda a entrevistadora y entrevistado a hacer un viaje hacia un conocimiento mayor, creativo, hacia un territorio ignoto.

En una ocasión fui elegido para ser entrevistado por estudiantes en una universidad que no sé si aún existe. Me sentí tan cómodo que di cuerda a lo que sabía de mí de manera fluida y a mi ritmo. La profesora, una periodista ducha, increpó al curso. No había habido contrapreguntas, se habían dejado llevar por el relato, no habían abierto la

boca, no habían instalado ni la sospecha ni la curiosidad. En resumen, había sido un fracaso.

Un psicoanalista que cito siempre, Wilfred Bion (entre otros pacientes tuvo a Samuel Beckett en su diván por un par de años, allá por los treinta del siglo XX), dice que en cada sesión de psicoanálisis debe haber dos personas asustadas. Que si el temor solo lo tiene el paciente, debemos desconfiar del analista. Si el analista es el asustado, poco se puede esperar y probablemente el paciente es bastante grave. Si no hay temor en ninguno de los dos no está pasando nada importante. Que si va a producirse un descubrimiento, ambos deben ir a la sorpresa, como decía Bion «sin memoria ni deseo», esperando que surja algo nuevo, algo que no existía antes. Un descubrimiento.

María Cristina Jurado se prepara, pero sabe sorprenderse y abandonar la brújula para dejarse guiar por las estrellas. Hay un momento en que improvisa y se deja conducir por el miedo, por lo incierto, por la sorpresa. Llega a la entrevista con dos o incluso tres registros posibles aparte de la toma de notas. Acepta la inseguridad, pero la calma con un control preciso.

Sus entrevistas son improvisaciones posteriores. Desde la descripción a la selección de preguntas va entregando la imagen que prefiere. La entrevista final desnuda y luce, abre y también cierra, sugiere al mismo tiempo que anuncia, entretiene como un filme policial y también se puede poner contemplativa y lúdica sin perder jamás el camino, que prefiere siempre senda agreste a ruta de pavimento ya trazada.

En este libro publica entrevistas muy especiales. De su larga carrera elige una época y de esa época solo las más decidoras. Las que hablan exactamente del Chile de la segunda década del siglo XXI y desde el punto de vista de la cultura.

Chile es el entrevistado más importante. Toma esquinas, selecciona puntos de vista, disciplinas, estilos, opiniones. Al cierre de este prólogo aún ignoro cuál será el orden definitivo. Si el cronológico o el experiencial o aquel por disciplinas. He leído las pruebas y me he dejado llevar por un cierto azar que conmueve, emociona, abre los ojos y nos entrega un panorama de nuestro país que requería una periodista que leyera bajo el agua y María Cristina lo es y lo practica.

A poco andar de estas lecturas, nos percatamos que no es la persona sino la historia cultural la que es retratada, que son piezas del mismo rompecabezas, que dejan pensando y que se convierten en herramienta privilegiada para el que quiera, tanto hoy como con el paso del tiempo, entender el Chile creativo desde la literatura al mundo del cine o el arte o la reflexión.

¿Pudieron ser otros nombres?

Hay cierto sabor a azar que hace mucho más rica la entrega.

Cada uno, cada una, de quienes figuran en este libro es una puerta a muchas más entrevistas posibles.

Tuvo que elegir María Cristina Jurado. No solo las mejores, sino las más decidoras.

Habla el país, habla el siglo XXI, habla la víspera de los años anómalos.

Es un relicario, un esfuerzo exquisito, una pluma cuidada y las voces del quehacer cultural, eso que siempre nos dice quiénes somos y nos ayuda a no volvernos locos, el territorio de los sueños de Chile, de lo que somos y de lo que queremos ser y hemos sido.

Una pausa en la historia para leer el sentido de las cosas, el estado del arte, escuchar el aleteo de colibrí de nuestra sensibilidad en instantáneas vivas, vívidas, emotivas, profundas.

Para saber quiénes somos, quiénes hemos sido e imaginar quiénes seremos.

Se le agradece el esfuerzo a María Cristina. Se lee y también se relee con placer.

Se escucha y se sueña. Que es el arte mayor de la entrevista. Ver más allá, debajo del agua, por encima de las nubes, más allá de la puesta del sol, el otro lado de la luna.

Escuchar hasta los silencios.

Marco Antonio de la Parra
Diciembre de 2020

YA ES HORA

Antes del estallido social, mucho antes de la pandemia que cambió la orientación de nuestros días, estos fueron los artistas. Con una sola brújula —el arte por el arte, ese arte admirable que deja huella—, reverberaron estos rostros y nombres.

Y comenzamos a entrar a sus casas, a sus salones y patios, en profundas conversaciones que dejaron una estela. Algunos diálogos fueron recopilados de revistas de *El Mercurio*, principalmente *Ya*, *Sábado* y *Wikén*; otros, convocados especialmente.

Reverberó también un privilegio. El que otro artista, el fotógrafo Sergio López Isla, se uniera a la aventura.

Hacer cultura en Chile es gratuito, sin más retribución que el honor y la voluntad.

En estas veintidós entrevistas y veintidós retratos de autor hay tiempo, paciencia, trabajo, y la ambición de plasmar con excelencia lo que una época puede hacer por un talento y ese talento por su época. Cine, actuación, ensayo, música, composición, fotografía, pintura, dramaturgia, narrativa, poesía, las categorías sobran y el esfuerzo preside. Sin la determinación de estos creadores con su historia —desde Lelio a Alberdi y Calderón, y desde Eltit a Infante y Errázuriz— la cultura contemporánea de Chile sería otra.

Con la huella de este libro queremos reivindicar a esa cultura. Aquella que nunca espera aplauso, ni pago, ni estrella. La cultura y las artes salvaron el espíritu nacional en los momentos más críticos de la pandemia y en los días

del estallido que desarticuló calles y barrios. Frente al miedo, el arte redimió al país.

El Estado debe comprender que la cultura es parte de la esencia nacional y honrar a sus creadores con una protección efectiva.

Ya es hora.

Venecia, primavera de 2019
Concón, verano de 2021

AGRADECIMIENTOS

A Arturo Infante en Catalonia, ventana siempre abierta a la cultura.

A *El Mercurio*, crisol de creación.

A Paula Escobar y Pilar Segovia, quienes han caminado conmigo bajo cielos claros y tempestades.

A Bárbara Hayes, por su ojo clínico y la amistad de una vida.

A la documentalista Carolina Egaña, por su paciencia y su trabajo.

Santiago de Chile, agosto de 2021

ADRIANA VALDÉS

Primera mujer directora en la historia de la Academia Chilena de la Lengua y primera presidenta del Instituto de Chile, esta experta en literatura, estética y ensayo, con años de docencia universitaria, ha publicado media docena de libros. Adriana Valdés Budge no ha perdido ni un minuto de su vida hasta completar, a sus setenta y ocho años, una existencia intelectual y humana que inspira respeto. Premiada por *Enrique Lihn: vistas parciales* (2008) y *Redefinir lo humano: las humanidades en el siglo XXI* (2019), Valdés es una humanista a tiempo completo, cuyo juicio crítico es solicitado sin respiro.

Retrato: Sergio López Isla.



LAS CUENTAS SALDADAS DE ADRIANA VALDÉS

Noviembre de 2011

Desde el papel ajado de una vieja fotografía, Adriana Valdés Budge sonríe, a los tres años, con los mismos ojos azules que hoy recorren su espacio minimalista en Providencia. Es alta, cálida y precisa: para hablar y para callar.

No titubea, pero tampoco se regala. Su imponente departamento blanco exhibe pocas cosas —algunas entrañables, como un diván de cuero de su abuelo o un arrimo con marquetería de su madre, Adriana Budge—, junto a sillas y lámparas de diseño. La falta de cortinas atestigua su necesidad de luz: la oscuridad la deprime. Optó, entonces, por ver y dejarse ver: su casa es un haz de luz. Se proyecta en las muchas obras de Jaar, Téllez, Bru, Dittborn. Y en los retratos en blanco y negro de Lihn, Cristián Huneeus y Couve, que han convertido su salita en el lugar «donde guardo a todos mis muertos queridos».

Nunca ha comprado un cuadro o una fotografía: Adriana Valdés, una de las intelectuales chilenas más respetadas del último siglo, ha sido amiga o trabajado con gran parte de los creadores contemporáneos nacionales. Su legendaria porfía por «hacer grupo de trabajo» con jóvenes la persigue hasta hoy, cuando quisiera tener más tiempo. Y es que ha sido en sus momentos libres cuando ha generado los libros que tiene más cerca del corazón: su primer poemario *Señoras del buen morir* (2011) y *Enrique Lihn: vistas*

parciales (2010), ganador del Altazor, donde contó por primera vez sus cuatro meses junto al poeta agonizante en 1988, de quien fue pareja ocho años. Lo acompañó a morir, pero jamás será su biógrafa:

—Me tomó veinte años de distancia escribir este libro. Con él cerré el círculo de nuestra relación. Como en el tango: «Los favores recibidos creo habértelos pagado». Pero el compromiso emocional no es bueno para hacer una biografía. Nunca podré hacer la de Enrique Lihn.

Sonríe con nostalgia.

Viene saliendo de Puerto de Ideas, un festival que reunió a mentes brillantes de todo el mundo, y se interna en la obra de su amigo, el artista visual Alfredo Jaar: antes de enero debe completar el catálogo que acompañará su retrospectiva en Berlín. Sin embargo:

—Quiero trabajar menos y pensar más. Es ahí cuando fluyen las ideas y las oportunidades en mi vida, tan dedicada al lenguaje, al idioma y a la literatura.

Sirve el té verde con los ojos fijos en la ventana.

A los treinta años, casada y con tres hijas pequeñas, Valdés ya tenía una carrera sólida. Humanista, docente universitaria y ensayista, fue después del golpe de Estado de 1973 cuando se convirtió en crítica de arte. Era un terreno desconocido para ella, pero con el golpe se fueron de Chile muchos críticos.

—Un día, varios escritores nos dimos cuenta de que los artistas visuales, que se habían quedado desamparados, nos estaban llamando para que escribiéramos sobre sus proyectos y sus obras.

A ella le tocó la pintora Roser Bru.

—Me llamó Roser y me pidió que escribiera de su exposición sobre Kafka. Pero yo no tenía idea de plástica. Ella, con su voz ronca y su acento catalán, me soltó (la imita): «Pero de Kafka tendrás que saber». Con eso me reventó. Le mandé una cosita y nunca más paré. El

segundo fue Leppe. Me halagaba mucho porque en verdad no sabía de plástica.

Su oficio de crítica tuvo un doble eco en la época:

—Bajo la dictadura, toda la cultura en Chile fue extraordinariamente precaria, para qué decir el arte. Trabajando con este grupo de escritores y artistas me di cuenta de que lo que estábamos haciendo ayudaba mucho. Nuestra escritura era un refuerzo. Me metí en un círculo social e intelectual de mucha exigencia. Esas obras en Chile eran experimentales y yo misma estaba experimentando. Para mí fue un renacer.

Cuarenta años después, como una de las críticas más respetadas en el país, Adriana Valdés dice ser muy selectiva cuando escribe de arte.

—Tengo que ser. A estas alturas, sospecho que muchas veces me piden un texto solo porque me llamo como me llamo. Entonces me da mucha rabia y no lo hago.

Jamás ha aceptado escribir por obligación ni por compromiso. «Nunca elijo un texto para destruirlo, sino para profundizar en él y celebrarlo. Escribo para crear un eco, las obras necesitan conversación. Cuando mi librito de poesía, el primero que oso escribir, recién salió, hubo un silencio atronador que duró dos semanas. Yo pienso que el silencio tiene voz».

—Nosotros nos quisimos mucho y terminamos muy mal, nos separamos mal. Me dolió mucho, pasé dos años pésimo. Estuvimos juntos entre 1974 y 1981 y fue una relación intensa, de mucha paridad intelectual y mucha piel. Nos entendíamos sin palabras y eso fue hasta el final. Las pasiones llegan como terremotos y Enrique fue un terremoto, un vendaval que me cambió la vida. Esas cosas suceden: se produce un impacto. Él tiene un verso muy

lindo que dice: «Una muchacha cayó en otro mundo a mis pies». Es ilustrativo, porque cuando se cae con un poeta, caen muchísimas muchachas en otro mundo a sus pies. Y la cosa se ordena, pero solo si hay conexión profunda.

En su casa luminosa, Adriana vuelve atrás cuarenta años. Recuerda cuando se enamoró del poeta Enrique Lihn.

—Era un ser absolutamente excepcional y pocos se daban cuenta. Me han llegado a decir: «¿Y cómo pudiste fijarte en alguien tan mal vestido?». Si te fijabas en él era porque habías leído, por ejemplo, *La musiquilla de las pobres esferas*, de 1969. Tú sabías que te encontrabas frente a una sensibilidad especial. Para mí, el libro fue tal revelación que pensé que su autor era un monumento o alguien intratable. Pero cuando conocí a Enrique no era ni uno ni lo otro: fue un cataclismo.

El terremoto en la vida de Adriana Valdés dejó heridos: se separó, a su pesar, después de ocho años de matrimonio y se fue a vivir con sus tres pequeñas hijas a una casa de setenta metros cuadrados en Vitacura. Se convirtió en jefa de hogar. Tenía poco más de treinta años y, hasta ahí, «un matrimonio bonito con el papá de mis hijas porque nos casamos muy jóvenes, muy inocentes. Yo tenía solo veintiuno y creo que ese fue el problema».

Pero el amor con el poeta pudo más.

Lihn, quien se enamoró con la misma intensidad, vivía con su hija Andrea, una adolescente en la época. Heredera universal de los derechos de la obra de su padre, hasta hoy mantiene relación con la ensayista.

Al poco tiempo de iniciar el romance, Lihn se cambió a Vitacura para estar más cerca de Adriana, a quien veía «absolutamente todos los días». Ella evoca:

—Me pasó algo lindísimo cuando lo conocí. Me imaginé esos mapas en que tú ves un corte vertical en el mar y peces nadando. Los de la superficie son coloridos y juguetones. A medida que bajas, los peces se van volviendo oscuros y terribles. Sentí que, antes de conocerlo, yo vivía

en la superficie. Ahora iba bajando y nadaba en las profundidades del mar, pero ¡por fin respiraba! Descubrí que yo era un pescado de las profundidades, era ahí donde cubría mis verdaderas necesidades. Se lo debía a él.

Recuerda que, a su relación de ocho años, los dos le imprimieron una enorme cuota de humanidad. «Algo tan fundamental en tu vida, que tiene ese poder de transformación de lo que tú eres, o lo llevas como bestia o lo humanizas».

A los treinta años, Adriana Valdés tenía ya «una tremenda carrera que solo el golpe de Estado rompió. Era respetada y creo que, sin esa fractura histórica, habría llegado a muchos lugares académicos».

A poco andar, sin embargo, Lihn la sorprendió.

—Viajar con él o ir a un museo con él eran experiencias extraordinarias. Escucharlo en una conferencia excedía todos los moldes académicos. Ahí estaba yo, con todos mis títulos, frente a un completo autodidacta que excedía, con su originalidad, todos los cánones. Enrique se convirtió en un desafío inmenso para mí y fue una enseñanza. Me marcó en todo. Me dio una gran apertura intelectual y, al mismo tiempo, una gran verdad en los sentimientos.

Con toda su experiencia, Adriana creía que su lugar estaba en la academia. Sentía que la creación le era territorio vedado, que no le correspondía. Lihn, dice hoy, le abrió los ojos y provocó en su vida y en su carrera un cambio fundamental:

—Tal vez por eso este primer libro de poesía es tan transgresivo. Con él me di cuenta de que yo también podía vivir en el mundo de la creación.

Algo de la luz que hay en los ojos de Adriana Valdés se apaga cuando habla de los últimos días de Enrique Lihn. El

autor de *La pieza oscura* y *Diario de muerte*, quien murió de cáncer el 10 de julio de 1988, dos meses antes de cumplir cincuenta y nueve, agonizó durante casi un semestre.

Fue entonces cuando, dice Adriana con voz quieta, Lihn le hizo el mejor regalo de su vida. Un regalo que la reconfortó, le cerró punzantes heridas y le devolvió la paz.

—Cuando Enrique se fue de mi lado, en 1981, yo quedé muy mal y él lo sabía. En 1983 rehice mi vida con alguien con quien fui feliz, pero siempre me quedó la pena de esa mala ruptura. Así y todo, nos seguíamos viendo porque fuimos grandes amigos: él iba a mi casa, pero yo jamás pude ir a la suya, no quería verlo con otra persona. Años después, cuando enfermó de cáncer y supo que iba a morir, me llamó y me pidió que lo cuidara. Era muy desconfiado y a mí me tenía confianza ciega. Además, conocía mi gran capacidad práctica. Para mí fue un gran regalo, uno de los mayores que he recibido.

Veintitrés años después, Adriana siente que haber cuidado a Lihn durante sus últimos cuatro meses de vida restañó sus heridas y cerró el círculo de su relación. Que fue una profunda reparación de su propio dolor emocional. Ser testigo de su prematura muerte «logró el milagro de que algo, que había terminado muy mal, terminara bien. Si lo hizo intencionalmente, fue de una gran bondad. Y si fue inconscientemente, también. Esto lo siento profundamente, aunque no lo puse en *Vistas parciales*, el libro que escribí sobre su muerte».

Evoca:

—Enrique tenía dudas y me dijo: «¿Cómo te voy a pedir esto a ti?». Yo le contesté: «Escucha bien, porque te lo diré solo una vez. Uno tiene cincuenta mil relaciones en la vida, pero ¿con cuántos dedos de cuántas manos cuentas tú las personas absolutamente decisivas en tu vida? Si no te puedo ayudar, quiere decir que nadie tiene derecho a

cuidar a nadie y más vale que nos vayamos todos al infierno».

Valdés se quedó y organizó todo, durante los cuatro meses que precedieron al 10 de julio de 1988. En las mañanas trabajaba en la Cepal, donde estuvo decenios, y, a partir de la una de la tarde, su tarea era asistir a Lihn. En ese período, recuerda Adriana, las puertas de su casa estuvieron abiertas para las personas que él había querido durante su vida. Ella fue cordial.

Durante mucho tiempo «estaba tan feliz de que él aún viviera, que no me importaba que se iba a morir. Vivimos día a día, sin amargar los buenos con la tristeza de los malos. Entonces, cuando llegó el final, los dos supimos que teníamos el consuelo de los primeros días».

Atrás quedaban los recuerdos de su gran amor. Nunca vivieron juntos, porque Lihn era insomne y se levantaba a mediodía para escribir hasta las tres o cuatro de la madrugada. Con tres escolares, Adriana captó rápido que la convivencia hubiera sido imposible. Así y todo:

—Enrique y mis niñas se querían mucho. Cuando él se enfermó ellas fueron encantadoras. Era un tipo cariñoso y divertido con los niños. Inolvidable.

Pero Enrique Lihn no solo le regaló a Adriana Valdés un gran amor y un gran dolor. Al meterla en el mundo de la creación, le otorgó la fuerza para atreverse a crear.

A los sesenta y ocho habla con orgullo de su primer poemario *Señoras del buen morir*, que versa sobre la muerte. Un conjunto de dieciocho poemas, algunos de ellos con traducción en inglés. Un libro corto, directo al grano. Minimalista. Y con la pasión que alguna vez ella encontró en Lihn:

—Me angustia la poesía «caudalosa». Todo lo que sobra en un poema lo mata. Excelente poesía es la de Manuel Silva Acevedo, de quien he escrito mucho, y la de Óscar Hahn y Pedro Lastra, con quien publicamos el *Diario de muerte*, los poemas que Enrique escribió antes de morir. Mi amiga Cecilia Casanova dice que pasa sus poemas por cloro. Algunos de los míos se dejan llevar por su música, pero otros parecen una ostra a la que le echaron limón.

Recuerda los días en que, como jurado de concursos literarios, observaba que «todo el mundo parecía venir a contar penas amorosas desde un bar. Siempre era un hombre, lo habían tratado muy mal y el bar y la poesía eran su consuelo».

Entonces decidió hacer un libro que reflejara intimidad y humanidad, pero sin caer en la poesía de bar. «Podé mucho. Si yo llenaba esa intimidad de bibelots, los poemas hubieran perdido fuerza». Así como ensalza a Hahn y a Lastra, le concede a Zurita «poder hacer lo que quiera, porque es un poeta fuera de serie en su genialidad».

A Parra lo considera caso aparte.

—Transformó la poesía. Empezó a escribir romances, como Federico García Lorca, pero volvió de Inglaterra con una lucidez, escepticismo y dominio del lenguaje extraordinarios. Estableció un reconocimiento a la poesía de la calle. Soy fanática de la poesía de Lihn, porque tiene el escepticismo de Parra, pero además una pasión y un latido adentro que la de Nicanor no tiene.

Hace un balance:

—A mis sesenta y ocho miro hacia atrás y no tengo deudas pendientes: mis sueños noveleros de infancia se hicieron realidad. Yo vine al mundo para comprender y eso lo supe ya a los ocho años. Siempre quise comprender, profundamente. Estoy tranquila y en paz con mis recuerdos, mis hijas y mis ocho nietos, pero para eso tuve que pasar por muchos dolores: como ese bolero que dice «si uno no pasó por la vida, no vivió». Yo siento que pasé

por la vida y mi futuro es una yapa. En eso estoy, armando las piezas para terminar de comprender.